

por parte de los pueblos; que estaban adheridos al antiguo culto por una educación preocupada y una habitual adhesión. De este modo las provincias orientales, y los habitantes de las tierras interiores, los pueblos cuya capital era Londres, y diferentes comarcas de la Escocia, se sometieron al yugo del Evangelio. La nación de los mercianos, que siempre se había mostrado la más opuesta á la verdad, siguió estos buenos exemplos; y varios reyes, como fueron Oswaldo, Osowino, Ercómberto, Penda, Sigeberto, Osuino, Eldewalto, y Walfero, profesaron á lo ménos el mismo amor á la Iglesia que los obispos, y el mismo zelo por su engrandecimiento. La mayor parte de las sillas de Inglaterra y de Escocia deben su origen á estos tiempos de favor y de liberalidad. En Irlanda florecían la religión y la piedad; y esta isla proveía á sus vecinos de hombres eloqüentes y santos, que acababan con sus milagros lo que habían empezado por sus discursos.

El norte de la Europa, y la parte de las Galias que bañan el Escalda, el Mosa y Rhin, estaban aun sumergidas en las tinieblas del paganismo. Un gran número de misioneros, educados en los monasterios de Francia y de Inglaterra, llevaron la luz del Evangelio á aquellos remotos climas en que todavía Jesu-christo no era conocido. Varios obispos, como san Wilfrido de York, san Amando de Terrouvana, san Wulfrando de Sens, san Livino y san Kilieno de Irlanda y otros muchos se dedicaron á este ministerio apostólico. Por sus trabajos adquirió la religion los pueblos de la Frisia, del Hainault y varios distritos de la Flandes. La Baviera, la Saxonia, la Dinamarca y otras regiones septentrionales abrazaron asimismo la fe, reparando las pérdidas que el christianismo sufría en Oriente por la seducción de Mahometo y el ciego fanatismo de sus sequiaces.

ARTICULO IV.

Pontificado de san Gregorio el Grande.

Aunque este artículo invierte algun tanto el orden de los tiempos, hemos juzgado conveniente colocarle aquí, á causa de que el pontificado de san Gregorio hace en algun modo una época distinguida en la historia de la Iglesia, que

divide los siglos florecientes, de que fué como el postrer rayo de luz de los tiempos de obscuridad, que luego nos veremos precisados á recorrer. San Gregorio, que por su talento superior, eminentes virtudes y continuos trabajos, y por un pontificado glorioso mereció tan justamente el renombre de Grande, nació en Roma de una familia ilustre y opulenta hácia mediados del siglo sexto. Su padre Gordiano, que era senador, renunció los honores del mundo, y se consagró al servicio de Dios entrando en el clero; y se cree que fué uno de los siete diáconos regionarios de la Iglesia romana. Llamábanse *Regionarios*, porque estando dividida Roma en siete regiones ó quarteles, cada uno de ellos estaba encargado de cuidar de los pobres y hospitales de una de estas regiones. Destinado Gregorio por su nacimiento para los primeros empleos de la república, le instruyeron en las ciencias y artes liberales desde su más tierna edad, y muy luego sobrepujó á todos los hombres hábiles que habia en Roma en la lectura y en el conocimiento de las leyes, por su buen ingenio, su viva y pronta comprehension, y su aplicacion al estudio. Se había dedicado particularmente á las leyes porque era la parte más necesaria para los que se preparaban para la magistratura; y segun se ve por muchas de sus cartas, había hecho grandes adelantamientos en este ramo de estudio propio de un magistrado. Luego que llegó á la edad fixada por la legislacion para entrar en los cargos públicos, fué elevado al de pretor de Roma, que era el principal magistrado para los negocios civiles. Hallábase exerciendo este empleo con luces é integridad, quando perdió á su padre; por cuya muerte quedó por único poseedor de los inmensos bienes de su familia, y formó el designio de dexar las grandezas del siglo, y entregarse á una vida retirada y penitente: sus riquezas las empleó en fundar seis monasterios en Sicilia, á los quales dió tierras y rentas para la subsistencia de los religiosos que se reuniesen en ellos. En Roma fundó otro en su propia casa, y es el monasterio de san Andres, que hoy existe ocupado por los camandulenses, en donde se conserva su retrato con los de su padre y su madre, que fueron pintados en su tiempo. Escogió para su retiro este monasterio, viviendo en él dado á la mortificacion, al estudio y á la oracion, hasta que el papa Benedicto I. le sacó de allí para agregarle al servicio de la iglesia de

Roma en calidad de uno de los siete diáconos regionarios. Pelagio II., que sucedió á Benedicto en 577, conocia bien el mérito de Gregorio para no percibir cuán útil podía ser á la Iglesia, confiándole los intereses mas estimables de la santa Sede. Puso, pues, los ojos en él para enviarle á Constantinopla con el título de apocrisario ó nuncio apostólico cerca del emperador, en cuyo puesto importante y delicado acreditó Gregorio el talento que tenia para dirigir los negocios. Su capacidad, unida á su humildad y dulzura, le ganó la estimacion y confianza de todos en la capital del imperio. Los hombres mas distinguidos por su mérito y por su clase, así en la Iglesia como en el estado, llegaron á ser sus admiradores ó amigos. El emperador Mauricio le cobró una afición que tenia toda la ternura de la amistad. En los negocios mas árdulos se adheria á su dictamen tanto por respeto hácia su piedad como por deferencia á sus luces: haciendo justicia hasta los mismos cortesanos á sus excelentes prendas y virtudes. Sin embargo, se lamentaba de verse metido otra vez contra su voluntad en las agitaciones del mundo, que habia dexado, y en la discusión de los intereses temporales, de que habia procurado desembarazarse para siempre despojándose de sus riquezas. Pero los muchos cuidados de que se quejaba no eran más que una parte de los sacrificios que la providencia habia de exigir de él.

Vacó la santa Sede en 590 por muerte de Pelagio II.; y el clero, el senado y el pueblo congregados para darle sucesor, no podian elegir persona mas digna de este puesto sublime que al diácono Gregorio. Reuniéronse en él todos los votos; y por mas que se resistió alegando su indignidad, por mas que invocó la autoridad del emperador Mauricio, de cuyo hijo habia sido padrino en el bautismo, por mas que huyó para substraerse de los honores de la dignidad eminente, cuyos riesgos conocia; le obligaron á aceptar el peso que solo él podia soportar en aquellos tiempos infelices. La ciudad de Roma se hallaba asolada por la peste, y el resto de la Italia invadido por los exércitos de los lombardos y de los exarcos, tan funestos los unos como los otros á los pueblos y á las iglesias, y tan insensibles á los males públicos, de que eran la causa. No se puede leer sin enternecerse el vivo retrato que el santo papa hacía en sus cartas de las penas y de los continuos embarazos

que le oprimian en la desolacion general de las ciudades y de las campañas. Decia á sus amigos que no veia al rededor de sí mas que objetos de dolor, que no cesaba de llorar la tranquilidad que habia perdido, que no se hartaba de gemir de verse sumergido en medio de un mar borrascoso y un torbellino de negocios que le disipaban, y le hacian perder de vista á Dios, que los que le amaban debian lamentarse con él de su elevacion al pontificado: y hablando del estado deplorable en que habia encontrado á Roma, cuyo destino en parte estaba á su cuidado por la influencia que le daba su dignidad sobre los negocios temporales de esta capital del mundo, añadia que estaba encargado de dirigir un navio viejo, tan usado y tan batido de la tempestad, que dudaba poder conducirle al puerto.

Aunque hablase de este modo, y sintiese el inmenso peso de las obligaciones anexas á la primera silla del mundo christiano, no se dexó oprimir de él. Su vigilancia le hacia extender la atencion á los menores objetos, y para todo bastaba su actividad. Con igual cuidado abrazaba todas las partes de la administracion, desde los negocios mas importantes hasta las mayores menudencias. Lo veia y arreglaba todo, así lo temporal como lo espiritual, por sí mismo. Como la iglesia Romana poseia en Italia, en Sicilia y en Africa tierras considerables, cuyo cuidado estaba confiado á clérigos de una clase inferior, entraba con ellos san Gregorio en el exámen de los mas pequeños objetos, seguia tratándolos punto por punto, y se hacia dar cuenta de todo, como si no tuviese otros negocios. Habia arreglado la distribucion y el uso de todas las rentas con un orden admirable, y su economía le facilitaba recursos para hacer subsistir provincias enteras arruinadas por la guerra y otros azotes. Su desinterés igualaba á su beneficencia, y nunca aceptaba presentes, especialmente de los que estaban baxo su dependencia; diciendo, que siendo la iglesia Romana mas rica que las demas, debia dar mucho y no recibir nada.

Pero la atencion que prestaba á los asuntos temporales, á pesar de su repugnancia, á todo lo que no se encaminaba directamente á la gloria de Dios y á la salvacion de las almas, era la menor parte de sus ocupaciones. Su zelo y su sollicitud abrazaban toda la sociedad christiana. Ninguna rama de la inmensa familia de que era padre era para él

indiferente en qualquier lugar que estuviere establecida, y qualquiera que fuesen sus necesidades. Todo lo conocia y á todo proveia. No sucedia cosa importante para la religion, tanto en los climas mas remotos como en los vecinos, de que no estuviere informado. Si se trataba de las iglesias que estaban baxo su jurisdiccion inmediata, arreglaba por su propia autoridad lo que necesitaba de arreglo: si de las que no pendian directamente de él, sobre las cuales solo tenia una inspeccion general por razon de su primado y de la eminencia de su silla, los únicos medios que empleaba para mantener en ellas el buen orden y desterrar los abusos eran la dulzura y la caridad, los consejos y las exhortaciones.

Este zelo infatigable, esta solicitud universal le atraian un número prodigioso de consultas, y una multitud casi increíble de cartas de todas las partes del mundo. En los casos nuevos y dudosos se dirigian á él, no solo por una consecuencia del uso establecido en todos tiempos de recurrir á la silla apostólica, como á la fuente de luz y al oráculo siempre subsistente de la Iglesia, sino tambien por un efecto de la confianza que se tenia en su gran sabiduria y erudiccion: pensando en esto el Oriente como el Occidente. Respondia á todas las cartas, qualquiera que fuese su objeto, y siempre con una claridad, un fondo de ciencia, una discusion de todas las dificultades, y una efusion de afectos que no dexaba nada que desear. Aprovechábase de estas respuestas para atraer los obispos á su deber, advertirles caritativamente sus faltas, inculcar los buenos principios, inspirar el gusto de la virtud, é instruirlos muchas veces en lo que pasaba en su diócesis, y que ellos mismos ignoraban. No se pueden leer sus cartas sin hallar ocasion de hacer á cada página esta observacion. Además de sus respuestas escribia tambien otras infinitas cartas á los soberanos, á los grandes, á los pastores de las primeras sillas, en orden á los negocios particulares que todos los dias sobrenian, y á las empresas santas en que se interesaban. Solo la mision de Inglaterra, de que hemos hablado, y que era su obra amada, le daba tantas ocupaciones, que qualquiera otro que no fuese él se ceñiria únicamente á ella; pero á él no le hizo descuidar en nada de lo que pedia llevarse su atencion á otra parte. En todo el discurso de su pontificado no perdió jamas de vista este gran papa la con-

version de los hereges y la reunion de los cismáticos á la Iglesia que habian dexado; y siempre le surtieron bien los medios suaves y moderados de que se sirvió para con ellos. Quería que se les atraxese con la persuasion, con los miramientos y con la bondad: dando el exemplo de la moderacion y de la caridad mas compasiva, respecto de aquellos á quienes la desgracia del nacimiento ó de las preocupaciones voluntarias habian empeñado en el error ó en el cisma. Como trabajaba en ilustrarlos por el deseo de su salvacion, por el amor mas puro de la verdad, y no por la vanagloria de triunfar de ellos; su zelo, que no tenia nada de amargo, ni nada que humillase el amor propio, sabia contemplar su delicadeza y traerlos al fin, como si hubiesen ido por sí mismos. Admirable modelo de prudencia y de dulzura, que no deben perder jamas de vista los que trabajan en desengañar á los hombres de sus antiguos errores, y en darles á conocer la verdad.

Sin embargo de su moderacion y profunda humildad, era san Gregorio firme quando era menester, y sabia defender los derechos de su silla con tanta mas fuerza, quanto no exigia nada para sí mismo. Así lo acreditó en su diferencia con Juan el Ayunador, patriarca de Constantinopla. Este prelado célebre en la historia de su tiempo por una abstinencia y un ayuno que observaba hasta un grado pasmoso, afectaba tomar en todos los actos el título pomposo de *Obispo universal*. Algunos de sus predecesores se habian señalado por la misma ambicion. El santo papa despues de haber dispuesto que se le previniese en secreto, sin que él diese muestras de ceder de sus pretensiones, le escribió en derechura del modo mas propio para hacerle entender que no sufriria semejante empresa. Entre otras cosas le decia que los pontífices de Roma, aunque sucesores de san Pedro, príncipe de los apóstoles, y puestos sobre la primera silla de la Iglesia, no habian osado jamas atribuirse un título que hubiera parecido que reconcentraba en ellos la autoridad del episcopado, y que despojaba de ella á sus hermanos. Al mismo tiempo dió instrucciones al diácono Sabiniano, su apocrisario en la corte de Constantinopla, prescribiéndole la conducta que debía tener con el patriarca que habia sabido imponer al emperador en sus ideas. Veia el santo pontífice las consecuencias que podiera tener este negocio, si el príncipe tomaba interes en él

hasta cierto punto. Juan espera (decia él al nuncio Sabiniiano) autorizar su vana pretension, haciendo obrar en su favor al emperador, si yo me rindo á las instancias y autoridad de este soberano; ó irritarle contra mí, si no le escucho; pero yo voy por el camino recto, y solo temo á Dios. Al emperador, que le habia escrito de un modo conforme á las miras del patriarca, le respondió sin apartarse del respeto debido á la magestad soberana, respeto de que siempre dió exemplo; y aunque le profesaba el afecto mas tierno, le habló en esta ocasion con la libertad de un obispo y con la autoridad de una cabeza de la Iglesia, manifestándose enteramente en esta carta el alma vigorosa y noble de este gran papa. En ella usó de las razones mas fuertes, de los rasgos mas penetrantes, de la firmeza mas eficaz para hacer conocer á Mauricio que el título con que queria el patriarca adornarse, no solamente no correspondia á su silla, sino que era injurioso á todo el orden episcopal, y sobre todo á los patriarcas antiguos, cuya autoridad estaba ya generalmente reconocida, quando aun los pastores de Constantinopla no eran mas que simples obispos. Sin embargo Juan el Ayunador no se rindió, y mientras que el papa no tomaba otro título que el humilde de *siervo de los siervos de Dios*, el ambicioso patriarca continuó en usar hasta su muerte del de obispo ecuménico. San Gregorio preveía las funestas conseqüencias que traeria algun dia la ambicion de los patriarcas de Constantinopla, y el suceso ha justificado demasiado sus presentimientos. Pero no pasó mas adelante por no apresurar los males de que fueron testigos los siglos siguientes.

El mas hermoso monumento del pontificado de san Gregorio es el sacramentario que recopiló, y que todavía tenemos; el qual hizo por el plan del que el papa Gelasio, su modelo, habia dado á la iglesia de Roma. San Gregorio hizo algunas mudanzas y adiciones, y con satisfaccion del católico y gloria de la Iglesia se ve por él que la administracion de los sacramentos, las oraciones y ceremonias que acompañan á ellos, la celebracion de los santos misterios, las diferentes partes de la misa, el orden y la distribucion de las oraciones y de los evangelios para todos los domingos del año; en fin, las palabras mismas de las antífonas que todavía tienen hoy como entónces los nombres de introito, gradual, tracto, ofertorio, postcommunio, son en el dia

lo mismo que eran en aquel tiempo. Ya hemos hecho una observacion semejante con motivo del Sacramentario de san Gelasio, y son tales estas reflexiones, que nunca sobra el volver á ellas; porque ofrecen á los fieles motivos de respeto hácia las ceremonias del culto público de la Iglesia: ceremonias tan antiguas en su institucion, como santas en su objeto. No se contentó san Gregorio con reglar el orden de las oraciones que se debian usar en la celebracion de los officios santos, y de escoger sus palabras, sino que arregló tambien el canto; y para formar súbditos que pudiesen cumplir sus designios y perpetuarlos, estableció una escuela de canto eclesiástico, á la que presidia muchas veces él mismo, y que aun subsistia en el nono siglo, quando Juan diácono escribia la vida de este santo papa.

Considerado san Gregorio por la parte del entendimiento, no merece ménos nuestros elogios por sus escritos, que por las excelentes acciones que han ilustrado su pontificado. De todos los papas antiguos es el que mas ha escrito; y se hacia tal estimacion de sus obras, aun en su tiempo, que se leian públicamente en las iglesias como las homilias de los padres que los votos de la posteridad habian ya consagrado. Su modestia lo sentia, y para él estos aplausos tan merecidos, y que hubieran lisonjeado á otros muchos, eran un motivo de queja. No podia ver sin pena que se le igualase en vida á los grandes hombres, cuya reputacion estaba sellada mucho tiempo habia por la veneracion de toda la Iglesia. Las obras de este santo papa son: 1.^a su gran comentario sobre Job, dividido en treinta y cinco libros, y que comunmente se nombra con el título de *Morales* de san Gregorio, porque en él lo ha referido todo á la conducta y direccion de costumbres. 2.^a El Pastoral, que es un tratado completo de las qualidades que debe tener un pastor, de las obligaciones que le estan impuestas, y del modo con que debe desempeñar las del ministerio sublime á que se halla elevado. 3.^a Veinte y dos homilias sobre el profeta Ezequiel, y quarenta sobre los evangelios que se leian en Roma en el discurso del año, las mismas que leemos hoy poco mas ó ménos. 4.^a Ochocientas y quarenta cartas divididas en catorce libros, segun el orden de los años que ha ocupado la santa silla este gran papa. Es la parte mas interesante y mas agradable de sus escritos por la variedad de cosas, y

por una infinidad de pasages importantes que contienen sobre disciplina. En ella se pinta á sí mismo, y se halla aquel caracter prudente y moderado, aquella alma firme y elevada que hemos admirado en todo el curso de su vida. 5.^a El Antifonario y el Sacramentario, en los quales se han hecho despues de él algunas mudanzas, de las que pueden recibir este género de obras. 6.^a Finalmente, los diálogos que muchos críticos rehúsan atribuir á san Gregorio, porque no reconocen en ellos el discernimiento y el entendimiento ilustrado que muestra en todos los escritos que son verdaderamente suyos, siendo el estilo en general desaliñado, poco correcto, sin fuego y sin elevacion. Pero estos defectos se hallan compensados por la sublimidad de los pensamientos, por la solidez de las máximas, y por el orden y claridad del racionio. En la explicacion del texto sagrado se atiende al sentido espiritual, porque otros ántes de él habian explicado suficientemente el literal. Tal vez cae demasiado en interpretaciones alegóricas y figuradas: éste era su gusto particular, y semejante gusto agradaba mucho en su tiempo.

Consumido el santo pontífice por las enfermedades habituales, y por los trabajos que no habian interrumpido nunca desde su nunciatura en Constantinopla hasta el fin de sus dias, terminó su carrera gloriosamente el 12 de Marzo de 604, de edad de sesenta y quatro años. Si se considera la delicadeza de su temperamento, la debilidad continua de su salud y sus indisposiciones casi frecuentes, habrá dificultad en comprehender como ha podido sufrir tantas fatigas, ocuparse en tantos negocios, y componer tantos escritos. Su vida laboriosa y fecunda es un exemplo bien convincente de quanto es capaz de executarse, quando se une á un talento distinguido, un gran valor, mucho orden y una sostenida aplicacion.

ARTICULO V.
Heregía de los monotelitas, su origen, sus progresos y su condenacion.

El error de los monotelitas que turbó nuevamente en este siglo la paz de la Iglesia y el imperio, era una renovacion de la de Eutichês. Este heresiarca habia creído, que

para no admitir dos personas en Jesu-christo, unidas solamente con una union moral, era necesario reconocer que la naturaleza divina y humana no formaban mas que una sola y misma cosa desde la Encarnacion del Hijo de Dios. La Iglesia habia condenado igualmente estas dos heregias, y sus partidarios separados de la sociedad católica con sus continuas disputas habian formado una infinidad de sectas enemigas, que jamas se reunian sino para combatir la verdad. Sus divisiones entre sí, su reunion contra la Iglesia eran igualmente funestas al estado y á la religion por el acaloramiento que inducian en los ánimos, el odio que mantenian, y la confusion que ocasionaban en la sociedad. La política procuraba los medios de restituir la calma, haciendo cesar la causa de los desórdenes, y el zelo de los ministros sagrados empleaba todos los medios que dictaban la caridad y moderacion para restablecer la paz, sin perjudicar á los intereses de la verdad. Los medios eran difíciles de encontrarse: en efecto, qué recurso se podia imaginar para conciliar sentimientos contradictorios, y opiniones que necesariamente se excluyen las unas á las otras? A fuerza de considerar baxo diferentes aspectos materias tan profundas, y á fuerza de profundizarlas por la meditacion y por la disputa, se creyó haber encontrado lo que se buscaba. Se pretendia una explicacion del dogma católico acerca de las dos naturalezas en una sola hipostasis ó persona, que pudiese contentar á los ortodoxos, y destruir los especiosos temores de comprometer la fe, que servian de pretexto á los discípulos de Nestorio y Eutichês para quedar en el error. El descubrimiento era imposible, y si se hubiese reflexionado bien sobre la naturaleza de la fe, fácilmente se hubiera convencido ser una quimera en materia de dogma lo que se buscaba. La fe no admite medio entre el pro y el contra, ni opinion intermedia que no sea ni contraria ni favorable á la heregía, y la luz no es mas inconcilliable con las tinieblas, que la verdad con el error.

Este sistema medio, que se creía tan propio para reunir sentimientos diversos, y para ser el centro comun de todas las sectas, consistia en decir que en virtud de la union substancial de las dos naturalezas en la persona del Hombre Dios, no hay en Jesu-christo mas que una sola operacion y una sola voluntad. Sergio que subió á la silla de